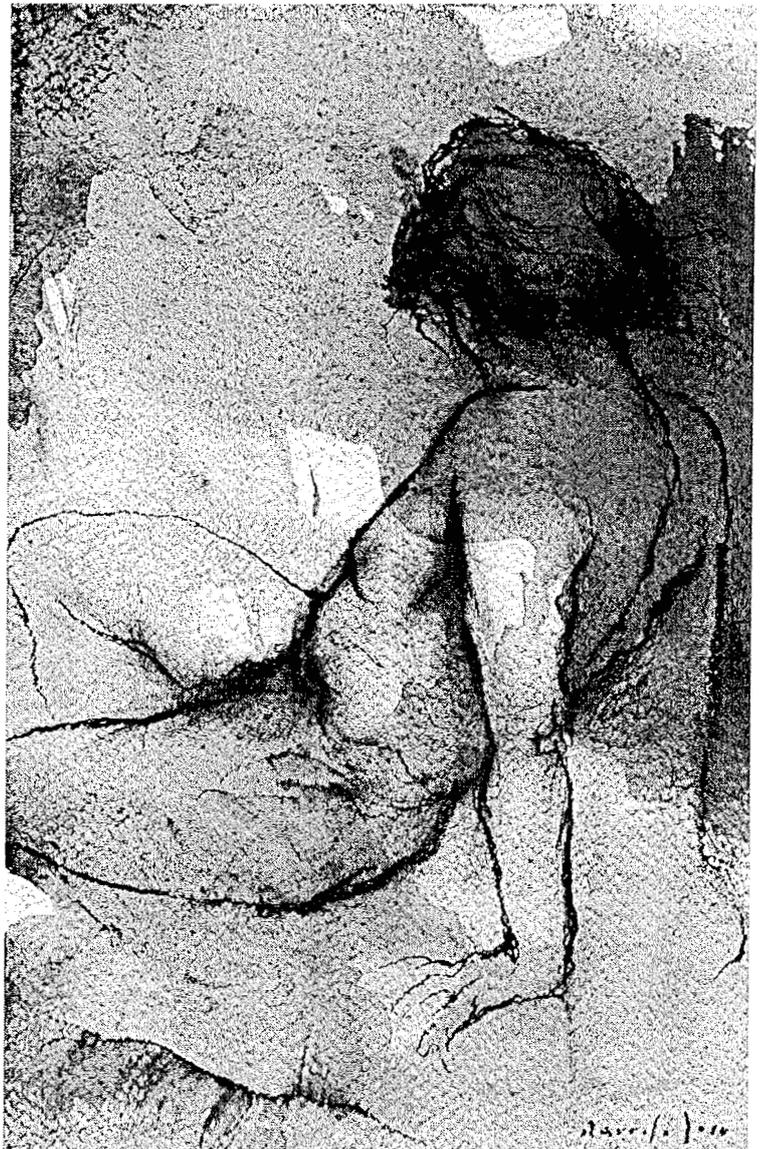


A QUIEN IMPORTE

Antonio Pérez Girón



La tarde envuelta en
campanadas de iglesia,
de mujeres de negro
de una ceniza imposible.
Deshilado el rocío
sobre pétalos cruciales.
Recuerdo otras lágrimas
y otros disparos, urdimbre
de palabras y besos.
Esta tierra de alas rotas
y de sueño de cloroformo
que despierta de la larga noche,
donde el pensamiento
abre poros nuevos
y no deja de pensar versos
que nadie escribe.
Deja crecer el poema en barbecho
como en la huerta temprana,
mientras que el verde intenso
llene los ojos de paisaje.
Reclamo tu presencia,
empeñado en ser ilusión.
Y te busco. Te busco
en los pueblos, en las plazas
donde cantan los niños.
En estas ciudades de locos,
al filo de la quimera.

Sueño de días de asfalto
y del sepultado de sombras,
en el rito de la mañana.

Y visito los puertos,
y entro en los barcos
entre nieblas pobladas de focos.
Entro en los hospitales,
pregunto a los mendigos.
Voy a los teatros más apartados,
a la tristeza de los talleres.
Subo a las peñas. Miro
en los rompientes ¿Dónde
están tus manos confinadas?
¿Quién impide que germine la palabra?
La muerte tiene detrás
de las sombras
cargadas sus pistolas.

¿Dónde está Miguel? ¿Dónde Antonio?
¿Dónde Emilio?
¿Quién nos llenará las manos de trigo?
Con los poetas proscritos,
todos perdemos la voz.
Un muerto será insuficiente
para ellos.
¿Acaso ignorabas que eras
de los que tenías que morir?
Déjate llevar
más allá del vacío.
Nos quedaremos con el miedo
a la espera de otras primaveras
para dar nombre a las cosas.
Cuando tengamos que conquistar
otra vez los patios,
los minaretes, los glaciares.

Incendiado abril, hundidos
los barcos, hecho escombros
las ciudades, me duele tu último
sueño de ser agonizante,
abono del barro más puro.
Y me duele tu miedo
al perder el pie en la noche,
al sentirte perdido y con frío,
escrutando el silencio oscuro,
y la angustia de los besos
que no has dado.
Semillero de margaritas negras
remueve la tierra tu sangre.
Muerto sin remedio,
sin poder aliviar las heridas
en el agua del pozo
o en el arroyuelo claro.
Comparecemos poetas
de tercera fila y tocamos a rebato
para expulsar a mercaderes
y delatores de esperanzas.
Nos sentimos pocos, cimarrones
de la razón del Sur.
¿Qué quieres que te diga?
Veo poco claro el horizonte.
Se me queda escorada
la esperanza sobre los altos edificios,
donde la yedra de neón
quema el aire.

Sabes bien que hay
soledades distintas, quietudes
sin consuelo. No, no
son fáciles estas horas
habitadas de fragmentos
de plenilunio, de ceniza
sin acequia ni espacio.
Lejos del arrullo violeta
sin poder pronunciar
sangre, pétalo, tierra,
palabra, eco.

Pero tu nombre
quedó escrito a favor
de un viento de derrota.
Cada soplo fue una página
entre las ramas de los árboles
de un estío que se llenó de citas.
Ahora hablas con la canastera
en los rincones
del oriente gitano.
Transparente tu figura
se cruza, recitando sueños
de olivares
en la Huerta de San Vicente.
Deambulas entre el cobre,
el fuego y la aldea.
En un rincón Mariana Pineda
borda la bandera de la libertad,
y Antonio el Camborio se desangra
pronunciando tu nombre.
Las mujeres cosen,
sentadas en sillas de enea
sin presagiar finales,
y el viejo negro
que conociste en Harlem,
sigue tocando cansinamente un blues.

Federico,
si no muriese ese primer momento
casi nacido a impulsos y dolor de parto.
Si no avanzasen los minutos
en busca de un espacio que separa.
Si lo de ayer siempre fuera
un presente detenido.
Si pudiésemos adormilar
con engaño infantil las horas vividas.
Si despertaras a esta hora,
si no te hubieses ido,
si acallaran las pistolas.